

Dossier Rubén Darío

La poesía latinoamericana suena “Bajo el ala aleve del leve abanico”

Por qué Rubén Darío está aún vivo, se pregunta Ángel Rama en el inicio del “Prólogo” a la edición de la *Poesía completa* publicada por editorial Ayacucho: “¿Por qué, abolida su estética, arrumbado su léxico precioso, superados sus temas y aun desdeñada su poética, sigue cantando empecinadamente con su voz tan plena?”. La respuesta es uno de los ensayos más luminosos sobre la poesía del nicaragüense que recorre el gesto de imitación, ese momento en que Darío afina el instrumento y no es todavía –según Rama– Darío; la complejidad de lo que se tensa entre la defensa romántica de la expresión y “la certidumbre de que se debía operar la producción lúcida de un significado estético”; en fin, la conciencia de la forma. Y además, la reflexión sobre el presente y sobre una poesía del futuro, entre el rechazo del rey burgués y la certeza de que ese es el jardín que se cultiva en el fin de siglo XIX; y entonces, la figura del escritor profesional y el campo intelectual de la época.

Pasando por estos clivajes, lo que Darío hace con la lengua poética podría ser la respuesta de Rama. Es la respuesta de la crítica. Y consideramos que, en este sentido, las razones para que la crítica continúe hablando de Darío sobran.

En el centenario de la muerte de Rubén Darío, quienes hacemos *El jardín de los poetas* elegimos preguntarle en cambio a sus pares, a poetas latinoamericanos actuales. La mirada hacia el pasado es una constante, tanto cuando José Kozer piensa en un Darío “dolido por su condición de pobre infeliz latinoamericano ante una Europa prepotente”, como en la lectura de Martín Prieto, sobre el homenaje del nicaragüense al argentino Ricardo Rojas, con un poema que luego sacaré de su literatura. Entre los viajes, las estadías del poeta en aquellos tiempos, y las relaciones desiguales de la esfera amical y la intelectual, podría leerse también un contrapunto con el presente de quienes ahora escriben, en esta instancia.

El dossier, por otro lado, hace retornar una doble visión de la poesía de Rubén Darío, la de lo decorativo como fastidio y la de lo decorativo como fascinación por el artificio de una lengua que suena aún hoy de una manera única y de un universo sobrepujado por lo extraño, lo exótico o la fantasía. En este último sitio, y como defensa encendida de sus posibilidades, mantiene Reina María Rodríguez su Darío. Roberto Echavarren, por su parte, alaba “Un mundo de sonoridades mágicas encastradas en el ritmo y la sintaxis, palabras como piedras de

colores”, mientras que José Kozer habla del “lenguaje suntuario inscrito para esconder el sentimiento trágico y de terribilidad de la existencia”. Esta estrategia de compensación se repite en el texto de Igor Barreto como reconocimiento de la cursilería, la banalidad y la notación del dramatismo. Es Mario Montalbetti, en cambio, el que enuncia la otra posición: “Por decirlo de una vez, Darío me empalaga, me hace no querer seguir leyendo, sobre todo me irrita mucho su esplendorosa banalidad”. Y sin embargo podrá leer aún un vacío dejado por Darío desde el que comenzar a escribir poesía. En el presente, entonces, el exceso decorativo, la tensión necesaria con el gesto dramático o trágico o la escritura desde ese resto que la poesía de Darío no cubrió.

Hay además, instalaciones fuertes, muy fuertes de Darío en el presente en un sistema de traducción más propio de los artistas que de la crítica. Entonces, Igor Barreto escribe que “Cabalgó como una estrella de cine o de rock sobre un instinto colectivo: el deseo de que el mundo nos perteneciera, apropiándonos de su gestualidad cultural, de sus formas”, y Áurea María Sotomayor puntualiza una escena actual para Darío que se inicia con estas asociaciones: “En sus poemas hoy podríamos escuchar el tropel sordo de varias Harley-Davidson viajando contra el viento mientras escribo esto, o escuchar a Pink Floyd tocando “Careful with that Axe, Eugene” (si pienso en “Cantos de vida y esperanza”) o mirar los efectos pirotécnicos del “Engel” de la banda alemana, Rammstein, en las dos versiones, la baudelairiana prostibularia y la del dragón del Madison Square Garden”. El gesto tiene una fuerza inusitada porque trasladan a Darío a la cultura contemporánea eligiendo sujetos y formas que le son propias, y porque ese pasaje –que la crítica, repetimos, no podría hacer sin tener que desagregar pormenorizadamente sus elementos– actualiza la escritura de Darío, sus efectos y también la reflexión imaginativa sobre la figura pública del escritor. El acento es el que dibuja un Darío espectacular, con un ojo y un oído que hoy serían el del cine y el de los recitales de rock o las performances musicales y circenses. Un Darío perpetuamente presente que “nos encanta”, como dice Echavarren. El encantamiento de lo visible y de lo audible, que reaparece de otro modo en el Darío de Reina María Rodríguez, a partir del encantamiento de la voz materna. Y es ahí donde esta temporalidad completa se despliega, porque el Darío aprendido y recordado de memoria de la poeta cubana, activa la propia memoria, ya que en los versos recuperados está la voz de su madre, pero también su infancia, es decir ella y los versos del poeta nicaragüense como pura resonancia.